

UN SILENCIO ELOCUENTE

Los contemplativos, lenguaje de Dios



Eremitorio de San Julián. (Comunidad de San Abdonio, La Calera (Madrid))



JORNADA PRO ORANTIBUS - 3 DE JUNIO DE 2007

Un silencio elocuente

Los contemplativos, lenguaje de Dios

Dios nos dirige su Palabra y Dios nos dirige también su Silencio. Puede parecer una frase hecha, pero ¡cuántas veces Él nos dice tantas cosas... callándolas! Siempre he visto en María la mujer creyente que ha sabido guardar en su corazón lo que Dios hablaba y lo que silenciaba. En uno y otro caso, tener el corazón siempre limpio y disponible para que el Señor nos diga como quiera lo que nos quiere contar.

Hay una vocación en la Iglesia que mira precisamente por estricta llamada de Dios a esa doble modalidad de comunicación del Señor con sus hijos: los llamados a una vocación contemplativa que hacen precisamente del silencio y la soledad su forma particular de seguimiento de Cristo. No es, ciertamente, la única manera de seguir discipularmente al Señor: de hecho hay tantas formas de vida consagrada que despliegan en la urgencia misionera, en la actividad docente, o sanitaria, o evangelizadora su página de fidelidad. Pero tenemos esa otra, tan especialmente querida por la Iglesia desde siempre, que coincide con lo que los contemplativos viven en sus respectivos claustros.

Se trata de un silencio que custodia una Palabra especial, y se trata de una soledad que alberga una Presencia única. Si ese silencio no tuviera el eco de esa Palabra, sería un vulgar mutismo. Si esa soledad no testimoniara la belleza de esa Presencia, sería una triste solitariedad. Por eso, los contemplativos viven su silencio elocuente y su soledad habitada, por quien de hecho da razón y sentido a su entrega: la Palabra de Dios y su Presencia adorable.

Damos gracias por estos hermanos y hermanas, les alentamos a que no confundan su camino precioso y preciso, y a que tengan la santa libertad de no dejarse confundir por nadie. Otros caminos señalan otras perspectivas de Jesús. El que ellos representan tenemos necesidad de verlo plasmado en su particular historia de santidad.

La historia de la humanidad en su largo abanico cultural, nos muestra cómo el hombre de todos los tiempos, sabedor de su indigencia expresiva ante tantas realidades, ha recurrido indefectiblemente a tantos géneros comunicativos que le permitiese algún nivel de expresividad: la palabra, el gesto, el símbolo, la parábola, la poesía, la alegoría..., e incluso el mismo silencio.

Si el *homo loquens* busca y trata de expresar de tantos modos el misterio que le desborda, llega un momento en el que debe dar paso a otro modo de expresión más propia del *homo adorans*: el silencio. No es un callar robador de la palabra debida y esperada, sino la cabal incapacidad para decir y para decirse; es desbordamiento en el que el hombre calla de tanto como tiene que expresar. Este tipo de lenguaje no verbal, silencioso, es el lenguaje *místico*. Para el místico, como para

el amante, las palabras no son ni domésticas ni domesticables, sino que permanecen de algún modo en su estado más originario.

La Palabra por antonomasia, el Verbo de Dios, nos dijo de tantos modos lo mismo. Fue un canto bienaventurado, que secó las lágrimas de los más pobres, y abrigó la esperanza de los más mendigos. A los ciegos de todas las cegueras les abrió los ojos para salieran a la luz que alumbra sin deslumbrar. A los cojos, a los mancos, a los lisiados, les permitió saltar, y abrazar y volver a brindar por el regalo de la vida. A los errados que no maquillaron sus trampas les permitió renacer a la verdad sincera. Y a cuantos no habían entendido, o lo hicieron mal o lo hicieron tarde, para todos tuvo una palabra a tiempo, como quien se reserva el último dicho con perdón de cielo. Palabra de Dios y palabra de hombre a la vez. Palabra eterna que se hizo tiempo. Palabra acampada en nuestros descampados inciertos, haciendo el milagro de poder ver en el trasiego de nuestros conflictos y contiendas, su gracia de paz hecha encuentro y hecha tienda.

Esta Palabra la escuchan los contemplativos. Es la que nos testimonian desde su silencio tan lleno de susurro divino, que se hace elocuente para quien quiera escuchar. Benditos ellos, que han sido llamados a guardar en el corazón lo que Dios nos dice y lo que nos calla.

† Jesús Sanz Montes, ofm
Obispo de Huesca y de Jaca
Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

SUBSIDIO LITÚRGICO

MONICIÓN DE ENTRADA

En este Domingo la Iglesia celebra la fiesta de la Santísima Trinidad, misterio central de nuestra fe en el que se fundamenta toda la vida cristiana. El Misterio de Dios se hace cercano en el testimonio de cuántos le buscan no anteponiendo nada al amor de Cristo.

«*Todo se pasa Dios no se muda*, escribió la gran maestra espiritual santa Teresa de Ávila en uno de sus célebres textos. Y ante la necesidad generalizada que muchos sienten de salir de la rutina diaria de las grandes aglomeraciones urbanas en busca de lugares propicios para el silencio y la meditación, los monasterios de vida contemplativa se presentan como “oasis” en los que el hombre, peregrino en la tierra, puede beber mejor en las fuentes del Espíritu y saciarse a lo largo del camino. Por tanto estos lugares, aparentemente inútiles, son en realidad indispensables, como los “pulmones” verdes de una ciudad: hacen bien a todos, incluso a quienes no los frecuentan y tal vez ignoran su existencia.» (Benedicto XVI – 19.11.06)

Demos gracias al Señor por las comunidades de clausura, y los distintos tipos modos de vida contemplativa; ellos tienen la misión de mantener viva en la Iglesia la ardiente espera de la vuelta de Cristo.

PRECES

[A las preces completas de la Solemnidad, se propone añadir estas tres específicas]

- Por los contemplativos, para que el vigor de su vida espiritual, consagrada a Dios en la Iglesia, sea testimonio ante el mundo del poder de la gracia y la actualidad del Evangelio. *Oremos.*
- Por las familias, para que sean auténtico hogar donde los niños reciban el alimento de la vida cristiana, y por todos los jóvenes a quienes Dios llama a la consagración religiosa, para que acojan con gozo este don y sigan a Jesucristo con generosidad y radicalidad. *Oremos.*
- Por quienes estamos participando en esta celebración, para que, aumentando en nosotros la fe, la esperanza y la caridad, seamos lenguaje elocuente de Dios en el mundo. *Oremos.*

MONICIÓN DE ENVÍO

Con gozo hemos celebrado los misterios de nuestra fe. Como Pueblo de Dios convocado a edificar su Reino, nos unimos a todos los hermanos y hermanas que

viven en contemplación desde el silencio y soledad de sus monasterios y eremitorios, damos gracias a la Santísima Trinidad por el don de sus vocaciones, y junto con ellos avivamos en nosotros el deseo de vivir en santidad confesando nuestra fe para que el mundo conozca el Amor divino.

Que la Virgen María, «madre de la Palabra encarnada», nos guíe y acompañe.

TESTIMONIO DE VIDA CONTEMPLATIVA

Os escribo desde la sencillez que caracteriza a la vida eremítica. En este caso la vida eremítica diocesana.

Las personas que previa llamada del Señor, hemos optado por esta forma de vida, hemos recibido implícitamente una llamada a la simplicidad, a la sencillez en nuestra forma de vivir.

No pretendía ser de otra manera, puesto que nuestro lugar en el “Cuerpo Místico de la Iglesia” es la oración. Nos dice el Señor “cuando oréis entrad en vuestro aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará” (Mt 6,6)

Ciertamente que la oración de un ermitaño no sólo se esconde en su celda o aposento, sino en el conjunto de su vida, que sin lugar a dudas, se desarrolla día a día en lo secreto.

La austeridad, reducida a disponer solamente de lo indispensable en su ermita y en su forma de vida, constituye el soporte principal para una oración interior continuada, porque encuentras pocas cosas en la ermita que te puedan distraer. El trabajo en artesanía indispensable para vivir, el rezo de las horas canónicas, el aseo de la ermita y entornos... todo esto aderezado con una soledad absoluta, te llevan a una relación de familiaridad continua con el Señor y su “Buena Noticia”, su “PALABRA”, dando sentido a la Consagración Religiosa, especialmente la eremítica.

Una humilde ermita en la montaña o en el campo, un santuario apartado... es suficiente para que el eremita pueda desarrollar y cumplir su misión en la Iglesia. A la vez puede ejercer la labor, a veces necesaria, del cuidado y vigilancia del lugar, así como su presencia puede ser una aliciente espiritual para las almas.

La aportación de la vida eremítica tanto en hombres como mujeres, no ha faltado nunca a la Iglesia, puesto que a pesar del paso de los siglos y de tantos “avatares” el Señor nos ha conservado en ella.

El Concilio de Trento disolvió la vida eremítica, 1545-1563. Los eremitas actuales debemos obediencia al Obispo del lugar, que nos ayuda y protege, por lo cual damos siempre gracias al Señor.

El Concilio Vaticano II ha reconocido como válida y legal nuestra entrega aunque al ermitaño del Desierto nunca le importó demasiado el reconocimiento. Cuando una persona se retiraba al Desierto iba en busca de algo que no se encuentra por los caminos del mundo, iba en busca de Dios con la confianza absoluta de encontrarlo en la intimidad. Los ermitaños se escondían en los agujeros de las peñas donde nadie les pudiera encontrar ni ver. Escogían los caminos más tortuoso y pedregosos, cuanto más estrechos mejor y más cerca creían estaban de Dios.

Lo hizo también Moisés en el Horeb. Dios no se le apareció en los palacios de Egipto, sino en el Desierto en forma de zarza ardiendo. También en el Monte Sinaí, Dios se manifestó en lo más escondido, en lugares inaccesibles y remotos, donde Moisés acudía buscando a Dios.

Jesús, el Señor, frecuentemente se reiteraba a lugares desérticos para orar y estar siempre con el PADRE.

Juan Bautista se escondía siempre, en cuevas, en lo frondoso del bosque o en lugares inaccesibles del desierto.

También San Juan de la Cruz nos indicó un camino estrecho y angosto para ir al TODO. “La subida al Monte Carmelo”. Es el camino estrecho de las “Nadas”. Nos habla de las condiciones del alma contemplativa:

*“Que se ha de subir sobre las cosas
transitorias, no haciendo más caso
de ellas que si no fuesen, y ha
de ser tan amiga de la soledad y
silencio, que no sufra compañía de
otra criatura. “ (Dichos de luz y amor, 120)*

Santa Teresa y otros tantos santos: San Bruno, San Romualdo, San Francisco de Paula, también escogieron el camino del silencio, de la penitencia y las privaciones de todos los encantos del mundo, para hacer vida sus creencias y su fe y dejarnos sus mensaje y consejos en sus fundaciones.

Pero pobres de nosotros, quizás ya no nos acordamos de todo esto. Y ahora en nuestra sociedad actual, ¿cómo vamos a tener ojos para ver en lo escondido si sólo cuenta lo que se ve!

Las luces, a veces excesivas, que alumbran las noches nos deslumbran porque no nos interesa lo que no se ve. Quizás también nos asusta la austeridad de la noche. Por eso mismo nos asusta quizás la vida de oración, porque sólo valoramos lo que se ve.

Yo con mi vocación, que considero un regalo de Dios, estoy inmerecidamente dentro de este grupo de orantes en la Iglesia.

El eremitismo también camina hoy por el desierto, pasando inadvertido.

Creedme, a mí me sorprende que el Señor me haya elegido con tanta predilección, y me haya concedido la gracia de poder entender desde la fe, la autenticidad en todo lo que me rodea, valorar lo pequeño, lo que no se ve en un ser humano exteriormente.

A través del tiempo siempre me ha preocupado la coherencia en esta llamada especial y singular a la vida de oración y contemplativa, el silencio, la soledad en la vida eremítica. Hablo de lo coherente porque no es fácil dar la respuesta que el Señor espera de ti. No sería suficiente profesar sin más en una orden contemplativa, ni ser ermitaño en un desierto, hay que saber conjugar ORACIÓN Y CARIDAD, ORACIÓN Y AMOR a tus semejantes y a todo lo creado.

Muchas veces he buscado la coherencia en otras cosas, pero pienso que no debemos olvidar nunca que “DEUS CARITAS EST”.

¡Me da tanto miedo quedarme en la superficie!

Bien es cierto que Dios nuestro Señor, desde su omnipotencia, misericordia y bondad infinitas nos guía y ayuda a superar nuestras miserias, es el gran mensaje de la “Buena Noticia”.

Es suficiente una mirada a Dios en el último momento de la muerte para que Él se conmueva y nos tienda la mano.

Lo vimos en el Gólgota, el Señor tendió la mano al ladrón arrepentido brillando la luz en medio de tanto dolor y oscuridad.

A la soledad actual le sobran las palabras que no vayan acompañadas de vida. Los contemplativos transmitimos vida, no palabras.

Os pido me acompañéis a caminar por el “Desierto” sin desmayar, para que la llamada del Padre al final me sorprenda caminando como buen peregrino hacia la Patria Eterna.

Daniel Martí Mocholí
Ermitaño Diocesano
(Archidiócesis de Valencia)
Apdo. 235 – 46980 – Valencia

REFLEXIÓN

El Logos de Dios en el silencio elocuente del contemplativo

El lema de este año nos invita a contemplar que Dios actúa en el silencio expresando la potencia de su ser-Palabra. En el silencio de la nada Él crea por medio del Verbo todo cuanto existe y, en el centro de la creación, a su imagen y semejanza crea al hombre.

En el silencio abierto por la insalvable distancia del pecado repite Dios su Palabra Eterna de amor, su Verbo, que pronunciándose en la historia se hace Carne para entregarse por nosotros. Es la Palabra Redentora de Dios, Palabra que posibilita hacer real el sueño del hombre, el culmen de su búsqueda en el reconocimiento de su destino de vida.

Si el mundo antiguo había soñado que, en el fondo, el verdadero alimento del hombre —aquello por lo que el hombre vive— era el *Logos*, la sabiduría eterna, ahora este *Logos* se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor (Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, 13).

“*Nosotros somos testigos de ello*”, llamados a anunciar esta Palabra Encarnada, Jesucristo, que tomando rostro de hombre nos invita a la comunión plena con Dios. He aquí la mística más sublime que se consume en el Rostro Transfigurado del Verbo hecho carne, Dios con nosotros, que nos invita a entrar en comunión con Él.

La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. La imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y su sangre. La «mística» del Sacramento, que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros, tiene otra dimensión de gran alcance y que lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar (Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, 13).

En el ruido artificial del hombre moderno que se resiste a ser eco de esa Palabra Eterna pronunciada en nuestra orilla, resuena el silencio elocuente de los contemplativos que, con el sublime grito de una existencia entregada a Dios, nos recuerdan vitalmente la única palabra que da sentido a la existencia: Jesucristo.

En verdad ellos son una expresión elocuente e imperecedera, testimonio vivo, del Misterio de Dios en el hombre. La auténtica sabiduría no está en la técnica como fin o la apariencia como medio de vida, rudimentos centrales de una civilización enferma. El auténtico saber emana, con particular fuerza, del silencio de los claustros y eremitorios donde el corazón del hombre se consagra a Dios en el despojo de todo aquello que pueda distraerle. Sólo cuando el hombre permite que Dios actúe en él mediante la disponibilidad y el desprendimiento de corazón, sólo entonces, Dios actúa también a través de él haciéndole testigo.

Bien podemos descubrir en el misterio de la Virgen María el modelo de contemplativo, pues en ella se pone de relieve que sólo la Palabra de Dios, acogida como Morada es fuente de existencia colmada que rebosa en testimonio creíble.

Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada. María es, en fin, una mujer que ama (Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, 41).

El silencio de la vida contemplativa merece, en definitiva, el título de elocuente porque mana de un corazón amante, un corazón, el del contemplativo, que habiendo comprendido existencialmente el amor recibido de Dios no puede menos que cantarlo en el “dulce no hacer nada” de un vivir dedicado sólo y todo para Dios.

Lourdes Grosso García, M. Id
Directora del Secretariado de la Comisión Episcopal
para la Vida Consagrada

Primer objetivo de la vida consagrada es el de *hacer visibles* las maravillas que Dios realiza en la frágil humanidad de las personas llamadas.

Más que con palabras, testimonian estas maravillas con el lenguaje elocuente de una existencia transfigurada, capaz de sorprender al mundo. Al asombro de los hombres responden con el anuncio de los prodigios de gracia que el Señor realiza en los que ama. En la medida en que la persona consagrada se deja conducir por el Espíritu hasta la cumbre de la perfección, puede exclamar: «Veo la belleza de tu gracia, contemplo su fulgor y reflejo su luz; me arrebató su esplendor indescriptible; soy empujado fuera de mí mientras pienso en mí mismo; veo cómo era y qué soy ahora. ¡Oh prodigio! Estoy atento, lleno de respeto hacia mí mismo, de reverencia y de temor, como si fuera ante ti; no sé qué hacer porque la timidez me domina; no sé dónde sentarme, a dónde acercarme, dónde reclinar estos miembros que son tuyos; en qué obras ocupar estas sorprendentes maravillas divinas» (Simeón el nuevo teólogo, *Himnos*, II, vv. 19-27: *SCh* 156, 178-179). De este modo, la vida consagrada se convierte en una de las huellas concretas que la Trinidad deja en la historia, para que los hombres puedan descubrir el atractivo y la nostalgia de la belleza divina.

(Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 20).

Vida monástica en Oriente y en Occidente

«Los Padres sinodales de las Iglesias católicas orientales y los representantes de las otras Iglesias de Oriente han señalado en sus intervenciones *los valores evangélicos de la vida monástica*, surgida ya desde los inicios del cristianismo y floreciente todavía en sus territorios, especialmente en las Iglesias ortodoxas. Desde los primeros siglos de la Iglesia ha habido hombres y mujeres que se han sentido llamados a imitar la condición de siervo del Verbo encarnado y han seguido sus huellas viviendo de modo específico y radical, en la profesión monástica, las exigencias derivadas de la participación bautismal en el misterio pascual de su muerte y resurrección. De este modo, haciéndose portadores de la Cruz (*staurophóroi*), se han comprometido a ser portadores del Espíritu (*pneumatophóroi*), hombres y mujeres auténticamente espirituales, capaces de fecundar secretamente la historia con la alabanza y la intercesión continua, con los consejos ascéticos y las obras de caridad. Con el propósito de transfigurar el mundo y la vida en espera de la definitiva visión del rostro de Dios, el monacato oriental da la prioridad a la conversión, la renuncia de sí mismo y la compunción del corazón, a la búsqueda de la *esichia*, es decir, de la paz interior, y a la oración incesante, al ayuno y las vigiliias, al combate espiritual y al silencio, a la alegría pascual por la presencia del Señor y por la espera de su venida definitiva, al ofrecimiento de sí mismo y de los propios bienes, vivido en la santa comunión del cenobio o en la soledad eremítica. Occidente ha practicado también desde los primeros siglos de la Iglesia la vida monástica y ha conocido su gran variedad de expresiones tanto en el ámbito cenobítico como en el eremítico. En su forma actual, inspirada principalmente en san Benito, el monacato occidental es heredero de tantos hombres y mujeres que, dejando la vida según el mundo, buscaron a Dios y se dedicaron a El, “no anteponiendo nada al amor de Cristo”. Los monjes de hoy también se esfuerzan en *conciliar armónicamente la vida interior y el trabajo* en el compromiso evangélico por la conversión de las costumbres, la obediencia, la estabilidad y la asidua dedicación a la meditación de la Palabra (*lectio divina*), la celebración de la liturgia y la oración. Los monasterios han sido y siguen siendo, en el corazón de la Iglesia y del mundo, un signo elocuente de comunión, un lugar acogedor para quienes buscan a Dios y las cosas del espíritu, escuelas de fe y verdaderos laboratorios de estudio, de dialogo y de cultura para la edificación de la vida eclesial y de la misma ciudad terrena, en espera de aquella celestial.»

(Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 6).

OBJETIVOS DEL DÍA “PRO ORANTIBUS”

- 1. Oración a favor de los religiosos y religiosas de vida contemplativa, como expresión de reconocimiento, estima y gratitud por lo que representan ellos y ellas, y el rico patrimonio espiritual de sus institutos en la Iglesia.**
- 2. Catequesis para dar a conocer la vocación específicamente contemplativa, tan actual y tan necesaria en la Iglesia.**
- 3. Iniciativas pastorales dirigidas a promover la vida de oración y la dimensión contemplativa en las iglesias particulares; dando ocasión a los fieles, donde sea posible, para que participen en las celebraciones litúrgicas de algún monasterio, salvaguardando, en todo caso, las debidas exigencias y las leyes de la clausura.**

**Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada
c/ Añastro, 1 · 28033 Madrid · Tel. 913439652**

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Editorial EDICE

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA